

REFLEXIONES SOBRE MI OBRA

Se me ha solicitado hablar de mi escritura y entonces diré que yo escribo novelas. Elegí ese género por mi deseo de contar historias in extenso, largo y tendido, vidas y oídas y contar sobre mí misma; sacar del olvido vivencias y referencias y liberarlas de la clandestinidad. Escribir estuvo en mi deseos desde niña, cuando no pude poner en palabras lo que me preocupaba, cuando no pude enunciar un habla atendida por los mayores. Escribir era una forma de aprehender la libertad, de equipararme al sexo que tenía el poder, de crecer a la altura de quienes eran valorados por el mundo.

Para esta charla he preparado un desarrollo descriptivo en torno a un núcleo reiterativo en mi narrativa: el divorcio. Leo la descripción de la palabra divorcio de la Real Academia: "separar el juez competente por su sentencia a dos casados, en cuanto a cohabitación y lecho. Separar, apartar personas que vivían en estrecha relación, o cosas que estaban o debían estar juntas."

En mis novelas, el divorcio aparece en distintas modalidades las cuales se ajustan a la definición académica; este núcleo ~~que~~ ^{se} expande a modalidades que configuran distintas relaciones o situaciones que, por lo ajenas al deber ser, se ignoran. Para el desarrollo descriptivo de este núcleo "divorcio" he tomado tres de mis novelas: La brecha, Las noches y un día, la cuarta de mis novelas, y la que acabo de terminar y llamo: Maldita entre las mujeres.

Mi primera novela fue La brecha, una novela que esperó ser escrita hasta mi segundo matrimonio y el cual, no por ser el segundo iba a dejarla a salvo. Aquel deseo de liberar vivencias para sacarlas de la clandestinidad y aprontarlas a mi disfrute, resultó ser nada más que un engaño. Salir a la escritura y por la escritura, tenía para mí todos los riesgos que persiguen a la mujer que, de pronto, toma notoriedad y se transforma en alguien perceptible para el público. Hasta el más liberado de los hombres espera que en su mujer se cumpla el anonimato, una nota de ella al nacer, otra al casarse y la postrera a su muerte, como enseñan las buenas costumbres escogidas por los varones.

La brecha cumplió con su nombre y abrió una de escándalo en mi país. El escándalo vende bien y se agotaron varias ediciones sucesivas. Hubo un crítico, Alone, el más importante a lo largo de cuarenta años de crítica, que en el entusiasta artículo que hizo al libro, se preguntó extrañado: ¿Por qué ha provocada tal escándalo un libro de narrativa tan limpia y poco escandalosa? Es una pregunta que tendría su respuesta con el tiempo.

En La brecha, se cuenta un divorcio. La separación de personas que vivían en estrecha relación y debían estar juntas por ley y sacramento. Entendido ello de un acto supuestamente, decidido en libertad, porque, como me decía una estudiante que escribió su tesis de master sobre algunas escritoras hispanoamericanas: la protagonista de La brecha se casó sin que nadie la obligara. Esto sería verdad, pero es una verdad traspasada por signos que la desmienten. Los componentes del núcleo "divorcio" son sujetos que cargan cada uno con su pasado.

En La brecha, la protagonista, que no tiene nombre porque el suyo podría ser el de cualquier mujer de su generación, como advierte su epígrafe, recuerda su condición de mujer, la cual limitó su mundo. "¿Puedo ir a la calle a jugar con Andrés?" "No, tú tienes que estar en casa y aprender a zurcir" "Andrés es hombre, tú eres mujer" son las respuestas constantes de su abuela. Las personas que habitan su entorno y usan las palabras en su contra convierten el lenguaje en enemigo, en un medio de comunicación invalidado para ella. Es el divorcio comunicativo entre abuela y nieta, divorcio entre hermano y hermana, divorcio de la hija con una madre que, de alguna manera, ha tomado el partido de la abuela. En vez de comunicación, silencio. La protagonista vive la asfixia de un mundo cercado, tiene la mayoría de edad a un paso, pero la ansiedad de aire libre la apura vertiginosamente, además, está la posibilidad de casarse y ser dueña legitimada de un espacio propio. "No había tiempo que perder, ese mundo que la rodeaba no merecía crédito", dice la personaje. El otro protagonista del divorcio es un varón a cargo de todos los atributos que le corresponden por serlo. El lenguaje le pertenece para que él lo hable como corresponde a un dueño. "Mujer" al interior de ese contexto social quería decir lo mío y la palabra "matrimonio" implicaba las ventajas sociales de tener una mujer atractiva, hijos como elementos configuradores de una familia burguesa y las desventajas de proveer su manutención; esta desventaja le servirá de coartada para atemorizarla en su idea de conseguir la "libertad". Estos dos componentes humanos son los que el relato unirá en matrimonio.

La protagonista ha usado el matrimonio como puerta de escape, la trampa como liberación. No es fácil zafarse, el mundo se ordena en su contra. La experiencia femenina de maternidad no tendrá para ella en un comienzo, sino el temor de agregarse otra soga al cuello. Así llora de miedo y frustración. ¿En dónde ha quedado su intento de libertad? El marido dice lo suyo y la experiencia lo corrobora amenazante, las rebeldes sufren el correspondiente castigo. No hay escritura ni ley que la autorice a ser ella misma. Con todo, está resuelta a saltar al vacío. Y lo hace arriesgándolo todo, empeñando en ese hacer su anillo de diamantes como manera de procurarse dinero.

Esta novela inaugura en la narrativa hispanoamericana la situación de independencia de una mujer que ha roto con su matrimonio y logra conseguir un trabajo, un cuarto propio y defender sus derechos de madre. Incluso le permite rechazar la posibilidad de hacer una nueva pareja, rechazando a otro hombre que la pretende por esposa. El marido, por su parte, se siente huérfano de recursos, ya no le sirven ni las buenas promesas, ni el miedo para doblegarla y aventura entonces, un sentimiento de culpa. La protagonista da cuenta de ese sentimiento y lo interioriza como consecuencia de un pasado que pesará para siempre sobre ella. Sin embargo se afirma en su libertad, disfruta de ella y se permite escarseos amorosos que le abren atrevimientos desconocidos. Descubre que es ella en su propio espacio y en sus propios derechos, liberada de una unidad familiar que se había convertido en el sitio de su mayor opresión. [NO SERIA IFIGENIA, NI ANA KARENINA, NI MME. BOVARY,

con La muerte o el sometimiento 5

NI SE ENTRARIA A UN FERETRO PARA SER ESCUCHADA. EN ESTA NOVELA EL RELATO NO CASTIGA A LA MUJER QUE SE ATREVE SINO QUE LA RESCATA A LA VIDA.

He aquí el escándalo de La brecha. He aquí por qué una narración tan limpia de lujuria levanta una escandalera. Alone, crítico masculino bien intencionado, no podía dar cuenta de ello, más tarde iba a verlo muy claro, una investigadora chilena. La protagonista ha quedado parada en sus propios pies y con plena conciencia de su situación en el mundo. Ella ha sido como una reclusa que pasó las primeras rejas de su prisión pero que aún está detrás de un muro, más allá de ese muro es donde se abre la libertad, reflexiona al final del libro. El divorcio se consuma, la protagonista ha roto con su pareja, con su medio social, con parte de su familia y con la iglesia. Está sola, divorciada de todos ellos pero abierta a otra posibilidad de vida.

Por Las noches y un día, transitan tres personajes y uno, en ausencia. Dos forman el triángulo amoroso cuyo lado tercero, el marido, no apareciera en la narración, salvo referido por los otros. Los dos amantes se observan, ella más cuatelosamente que él. Teresa, la protagonista no se decide nunca por una ruptura ~~con el marido~~ que la separe legalmente de su ^{marido-} ~~pareja~~. El divorcio no le interesa. Cree tan poco en el divorcio como en el matrimonio. Su relación con Mateo, el amante, es una relación de profunda desconfianza. Ella espera o está esperando algo de esa relación extraconyugal, "algo" que ojalá no se realice y que le permita seguir viviendo el amor sobre una tierra de nadie, en una suerte de irrealidad sin obligaciones.

El otro protagonista de la novela es Emilio, un tío de Mateo, un excéntrico del mundo, pero que jamás se permitió el engaño de sí mismo y quien, junto con aceptarse como un marginado, habita el mundo por sus bordes, no cae a un centro que establece el matrimonio, ni a un trabajo que lo obligue, ni a una vigilia que lo exponga a la luz descarada del día. Vive de noche, recorre los sitios nocturnos sin contagiarse de ellos y asiste a la relación de su sobrino con Teresa, sin proferir opiniones.

Los dos amantes se buscan y se rechazan en el relato, ambos en la total desconfianza del otro. Ninguno de ellos cree que constituirse en matrimonio hará el milagro de una entrega completa.

De su propio matrimonio, Teresa nunca dirá nada y actuará en la narración con una total libertad de horarios. Ella asiste al mundo sin relacionarse con nadie y con nada. Es el año de una elección electoral en Chile, la de 1964, entre Allende y Frey y ella se abanderiza con la causa popular sin muchas esperanzas de triunfo. Los contrarios cuentan con dinero nacional y americano y hacen una campaña del miedo a cambio. Las escaramuzas políticas desentrañan otras más íntimas en Mateo y Teresa, militantes de una causa común que no sirve para unirlos. Dirigentes y partidarios de la candidatura popular actúan temerosos, se abstienen de apoyar a Cuba, defendiéndose así de los cargos que le hacen sobre imitar a la revolucionaria isla del Caribe. El miedo de perder simpatías eleccionarias los divorcia de cualquier intento de mostrar un cambio que signifique un total

vuelco político. Y Teresa enseña a Mateo la situación hipócrita de todos ellos al no jugarse por entero.

Teresa se acerca a Emilio, tal vez aquél personaje pueda llevarla a otras realidades, pero Emilio navega la barcaza solitaria de su vida por mares libres de componendas y obligaciones. Entre ambos, la incierta comunicación sólo ahondaría abismos.

La noche de la derrota electoral, los dos amantes desenredan la maraña de su relación ante Emilio y éste los escucha mientras se prepara a iniciar su vigilia nocturna. Para él nada ha cambiado. Teresa y Mateo se separan, establecen el divorcio que siempre existió entre ellos y ella volverá a un estado de divorcio que es su permanente relación conyugal.

Del pasado de Teresa sabemos algo por fugases y erráticos recuerdos que nos entrega el relato. Sabemos de una abuela implacable y de una niñez arrinconada en la soledad. A Mateo lo mueven imágenes que le regresan a una adolescencia en que fuera testigo y víctima de un padre omnipotente. Regresa también desde el pasado su admiración por Emilio, paria de su clase y de su grupo familiar. Junto a ese paria pudo él aflojar sus tensiones y ser, sin recovecos. Emilio no se culpa de nada, a su lado no hay reproches que valgan ni triunfo que merezca un esfuerzo. Con Emilio, marginado y excéntrico no hay divorcio de afectos.

Maldita entre las mujeres es mi última novela y es donde el divorcio puede observarse sin los atenuantes de un entorno familiar más elaborado. Elegir ese personaje femenino que la imagin^ería popular y la tradición han transformado en el mal y lo

8

prohibido fue un acto espontáneo que nunca estaría libre de sentimientos de temor, tratar a la ^{E. de los R y L}quintrala en su interioridad era meterse en abismos de ira y de impotencia. Pasiones las suyas que bien podían desembocar en el crimen o en la santidad, como ella lo desearía en un instante de su niñez. La leyenda la establece en el delito, y su imagen sombrea la historia del siglo XVII hispanoamericano.

[LA MUJER NO APARECE EN ESTE SIGLO XVII, NO LA REGISTRAN LOS HISTORIADORES, Y SI APARECE LO HACE COMO LA QUINTRALA EN LA MALDAD, LA BRUJERIA Y EL CRIMEN, COMO EJEMPLO FUNESTO DE LAS HEMBRAS].

que así la apodo- la leyenda a E. de los R y L

Siglo de guerra en Chile, siglo de afirmación de la conquista contra los mapuches, nativos de esa tierra, cuyas mujeres, fueran violadas por los españoles y que engendrarían en la violencia a ese ser ambiguo que es y fue: el mestizo.

En el pasado de Catalina de los Ríos y Lisperguer se cumple también, esa violencia y ella iniciará su propia historia recordando que el bastardaje marcó a las mujeres de su casta. Ella era bisnieta de cacica, de poderosa señora de comarcas inmensas. Doña Elvira de Talagante como la bautizaron, se unió y sólo carnalmente, a un alemán enrolado en la conquista. Ser nada más que manceba de Blumen o Flores le permitió conservar el dominio de sus tierras. Esa unión, a medias, que la cacica se negó a santificar con el casamiento, se transformaría en un asiento de odios y se constituiría en el pasado fantasmático de doña Catalina.

La tarea de contarla me llevó a conocer el siglo XVII a través de la versión de varios historiadores chilenos; además de lo que sobre ella transmitieron escritores y escribanos acerca de su contrato de bodas, de los testamentos de su abuela y de ella misma, verdaderos núcleos de una época y de unas personalidades femeninas. Todo eso fue contado por la voz sin rostro de la Quintrala y contado también, por la voz trémula de espanto de la leyenda. En la novela entonces, funcionan dos voces, la voz de doña Catalina que relata su vida y la voz de la leyenda que la relata a ella.

Parece una Quintrala, dirán tres siglos después, a la pequeña que se porte mal y la semejanza apresurará la contricción en la culpable.

El siglo XVII en el reino de Chile, es un siglo marcado por la sangre, la violencia y el poder de una familia. El siglo de los Lisperguer, lo llamará el gran narrador que fue Benjamín Vicuña Mackenna. En esa familia creció Catalina. Junto a ella crecían bastardos de su padre, de sus tíos, sirvientes mapuches, con la oreja tendida a las noticias de la guerra que empeñaban los suyos y que venían de la frontera; también rondaban su casa frailes de la congregación agustina traída por los Lisperguer al reino, venía el obispo, el gobernador, el alcalde. Amigos ellos y a veces, parientes.

Las mujeres en ese mundo constituían el reposo del guerrero, del político, del amo. Su vida era vivida al través del servicio del hombre y en él se asentaba el sentido de la realidad. La mujer pertenecía a un subestrato de castas rígidas:

la doña, la monja; la concubina, la sirvienta y la bruja. Doña Catalina conoce su mundo, antes que ella lo conoció su madre, la Catalina ^{de los Rios y L} anterior, igual a ella en lo físico y quien le enseñó lo precario del amor. Le enseñó, además, el poder de la brujería. El único poder posible ^{entonces} para una mujer.

En Maldita entre las mujeres, el núcleo del divorcio se desarrolla desde el comienzo. Doña Catalina invita al hombre que la ha asediado, hasta entonces en vano, a que vaya a morir a su casa. El acude pensando en que irá a su cama a morir de amor y se prepara como para una boda. En Enrique Henríquez, el personaje poderoso y político que la pretende con propósitos sexuales, doña Catalina ha observado todos los valores estereotipados que se consideran propios del macho, del ente masculino: asedio a la hembra, falta de respeto hacia ella, irreverencia de todos los valores, hipocrecía, trampa. Asesinarlo será matar los valores negativos de esa imagen de hombre. Con el asesinato de Enrique Henríquez se cumple una venganza que viene desde su madre, desde su bisabuela, se cumple un odio reconcentrado desde las mujeres que ella ha amado.

El modelo de la unión que Catalina ha recibido es la desunión. A la novela se entra con la muerte de un hombre y se sale de ella con un matrimonio que será la culminación del divorcio, la muerte psicológica del otro.

El asesinato de Henríquez se agrega a la leyenda de los crímenes que se le imputaron a la Quintrala, parricida primero, luego se agrega el asesinato de un seminarista, de un hombre que a Dios gracias, dicen, no renunció a la iglesia por ella. Que

indios, mestizos y negros o mulatos

luego
Figueroa y Flores,

de los Rios y L

ella se hubiera casado no ofrecía dudas. El seminarista desapareció del lugar a que lo convocaron los conjuros de la doña, una noche en que se abrió la tierra y la Quintrala lo esperó cuchillo en mano. Eso lo vieron algunos testigos paralizados por el terror, al mismo tiempo que pensaban que qué de extraño tendría que la Quintrala se atreviera a acuchillar a un galán, si se había atrevido a envenenar a su propio padre, a esa víctima de las dos Catalinas, su mujer y su hija.

Doña Catalina habla y recuerda. Ella ha asistido desde que abrió los ojos a lo que significa un matrimonio que fue impuesto sobre la sujeción de la hembra, su madre. Doña Catalina no sabe reflexionar, sólo comprueba y aprueba, rechina los dientes, se llena de ira. Las Catalinas no tienen amparo en esa sociedad de poder masculino, y la Quintrala habla por ambas. Las Catalinas han sido huérfanas de padre, ni el "Lisperguer" ni el "Ríos" asumieron su paternidad, en los dos casos fue la madre quien prodigó el amor y creó un espacio de refugio.

El bastardaje, lo mestizo, pudo ser la escapatoria de su mundo cerrado. Doña Catalina repara en uno de los hijos bastardos de su padre, Segundo a Secas o de los Ríos, en el único a quien éste le concedió un destino. El es la otra mitad de su sangre, en él puede completarse el todo inconcluso de su estirpe desde tiempos de la cacica, su bisabuela. Porque Segundo eligió para ser, la parte mapuche de él mismo y renegó del blanco. Pasándose al campo enemigo, hizo la guerra a sus amos. Pero el amor de doña Catalina por Segundo es amor maldito, y ella contraerá deuda de sangre con el incesto. Así, pagará con la

muerte del bastardo ese delito. Y Henríquez sería el hechor de la trampa que agarró al mestizo.

Las uniones que se establecen en torno a doña Catalina son desuniones de hecho o uniones imposibles. El matrimonio de su madre fue la imposición que sobre ella ejerció el abuelo y efectuado para limpiarle el pasado y comenzarla de nuevo. Don Gonzalo de los Ríos presentó su demanda a la mano de Catalina Lisperguer ^{y Flores} mientras aún sonaba contra ella el escándalo de una relación adúltera. Para don Gonzalo, enormemente rico, la dote de su mujer lo llevaría a una situación de poder comparable a la de los Lisperguer. Ya vería manera de meter en cintura a su mujer.

No pudo meterla en cintura. El divorcio que estableció su matrimonio hizo imposible toda comunicación entre ellos. Y la Catalina pequeña recuerda las amenazas y los desafíos que intercambiaban sus padres, recuerda el diálogo de su madre con otro hombre y como aprendió escuchándola, que ella le había propuesto huir juntos a vivir su amor entre los mapuches y escapar de ese mundo que a los dos abrumaba. Otra manera de elegir la vida era lo que escuchaba en las palabras de su madre. Pero el hombre no había sido capaz de recoger la oferta.

El asesinato de Enrique Henríquez, su galán de torcidas intenciones, llevó a doña Catalina de los Ríos ante el cabildo en pleno. No era la primera vez que los hombres se reunían para juzgarla. Ya lo hicieron antes, cuando su madre vivía y debieron comparecer ambas contra la acusación que les hicieron de asesinar al marido-padre de ambas.

Doña Catalina de los Ríos no sabe leer porque una mujer no necesitaba de artes masculinas, pero por su propia cuenta aprende de números para medir, pesar y marcar sus haberes campesinos, no prodiga sus bienes cuantiosos ni los disminuye, por el contrario, el asesinato de Henríquez le sucede cuando es la huérfana más opulenta de la colonia chilena.

Matar no era extraño para los varones de un país en guerra, en vasallaje de enemigos, en comprobación de poder. Para doña Catalina la muerte no era extraña, era en realidad, mucho menos extraña que ejercer la política, la ley, el derecho general de los hombres. Mi novela muestra a una mujer de fuerza y determinación enormes, a quien si se le hubiera permitido emplear esta fuerza y determinación, ella hubiera podido introducir cambios y transformaciones considerables en una sociedad que en ese siglo y a través de su mestizaje, se preparaba lenta y morosamente para su independencia política.

Inocente del cargo de asesinato contra don Enrique Henríquez de Guzmán, gracias al poder y al dinero de los Lisperguer, doña Catalina acepta la proposición de matrimonio que le tiende don Alonso de Campofrío y que le transmite su abuela, ^{doña Agueda Fl} tutora suya. Su vida le ha mostrado que unirse ella a un hombre es imposible, desunirse entonces, legalmente, es su única salida. Y debe cumplir los trámites a que la obliga la religión católica. Doña Catalina se confiesa: "esa soy padre, hija de la cacica de Talagante, que es hija de Agueda Flores, que es hija de Catalina, que es mi madre, que soy yo."